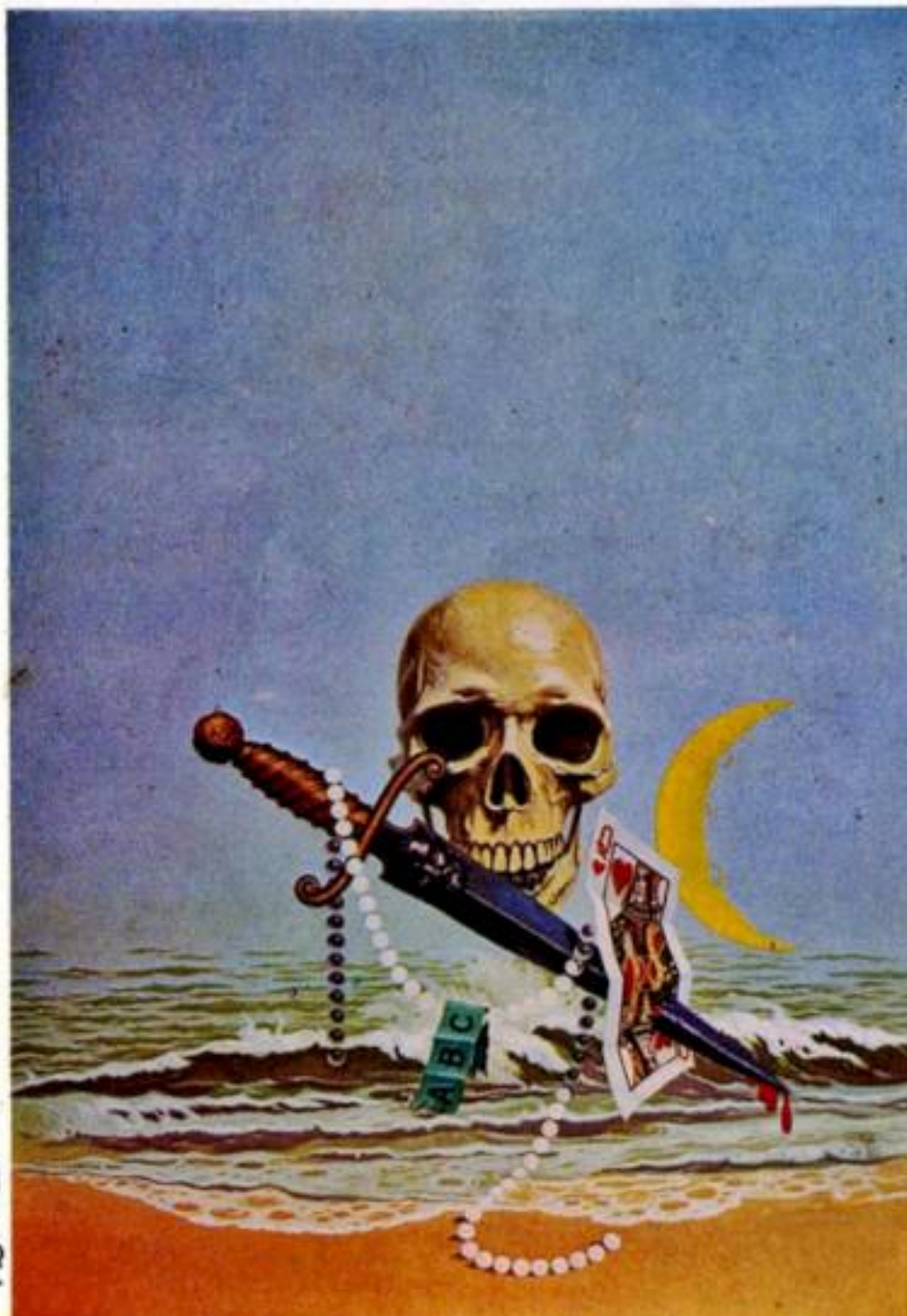


AGATHA CHRISTIE

PLEAMARES
DE LA VIDA

Selecciones de Biblioteca Oro



Tras morir Gordon Cloade sin testar, su viuda Rosaleen resultaba heredera universal del difunto, en perjuicio de los parientes del mismo. Un problema, sin embargo, surge frente a la muchacha: Rosaleen había enviudado antes de un primer esposo, oficialmente muerto pero que de pronto aparece vivo. Esta inesperada «resurrección» llena de esperanza a algunos parientes sumidos en la pobreza, pero también despierta la codicia de otras personas, que acaba por provocar un torbellino de mentiras, suplantaciones de personalidad, chantaje, perjurio, insultos, amenazas, accidentes y muertes violentas. Una conmoción cuya secuela en forma de criminal embrollo obligará a Hércules Poirot a expresarse frenéticamente las células grises.

Hay una marea en la vida de los hombres
Cuya pleamar puede conducirlos a la fortuna,
Mas si se descuida, el viaje entero
Abocado está a perderse entre bajíos y arrecifes
Que en pleno océano flotando hallamos.
Precisa aprovechar la corriente mientras fluye
O conformarse a ver nuestra empresa fracasada.
W. SHAKESPEARE *Julius Caesar*, acto IV; *Brutus*

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

AITKINS (Gladys) Camarera de la hostería «El Ciervo».

ARDEN (Enoch) De El Cabo, por otro nombre Charles Trenton.

CLOADE (Gordon) Millonario, que fue agente de compras del Gobierno.

CLOADE (Jeremy) Abogado, hermano de Gordon.

CLOADE (Lionel) Médico, hermano menor de Gordon.

CLOADE (Rowley) Agricultor, primo de la repetida familia y prometido de Lynn.

FRANCES Esposa de Jeremy.

GEYTHORNE Abogado de Rosaleen.

GEORGE Fiel criado de Poirot.

GRAVES Sargento de policía.

HUNTER (David) Hermano de Rosaleen.

KATHIE Esposa de Lionel y convencida espiritista.

LIPPINCOTT (Beatrice) Dueña de la hostería «El Ciervo».

LYNN Agraciada hija de Adela y sobrina de los Cloade.

MARCHMONT (Adela) Hermana de los Cloade.

PEBMARS Juez instructor.

POIROT (Hércules) Sagaz detective belga.

PORTER (George Douglas) Comandante encargado de la Defensa Pasiva y gran amigo de Robert Underhay.

SPENCE Superintendente de policía.

SEÑORA LEADBETTER Irascible anciana, huésped de «El Ciervo».

UNDERHAY (Robert) Primer esposo que fue de Rosaleen.

UNDERHAY (Rosaleen) Viuda del anterior y casada en segundas nupcias con Gordon Cloade.

VAVASOUR (Johnny) Socio de Rowley Cloade.

Prólogo

1

No hay club sin su correspondiente plomo, y el *Coronation* no podía ser una excepción a la regla. El hecho de que un ataque aéreo se hallase en curso, no hacía variar en lo más mínimo esta circunstancia. El comandante Porter, antiguo oficial del ejército de la India, hizo crujir entre sus dedos las hojas de un periódico y carraspeó para aclarar su garganta. Todos los allí presentes hicieron ademán de esquivar sus miradas, sin conseguirlo.

—Veo que se anuncia en *The Times* —dijo— la muerte de Gordon Cloade. Discretamente, por supuesto. «El 5 de octubre, como resultado de una acción del enemigo». No se menciona el lugar en que ocurrió. A decir verdad, fue a cuatro pasos de donde yo vivo. Uno de esos caserones que se alzan en la cúspide de Camden Hill. Les aseguro que me conmovió un tanto. Soy, como ustedes saben, uno de los encargados de la Defensa Pasiva. Cloade acababa de regresar de los Estados Unidos. Había ido allí como agente de compras del Gobierno y se casó durante su estancia en aquel país con una joven viudita que muy bien podría haber pasado por su hija. La señora Underhay. Tuve el gusto de conocer a su primer marido en Nigeria.

El comandante Porter se detuvo. Nadie mostró interés en lo que decía ni le animó a que prosiguiera. Los periódicos se alzaron diligentemente hasta cubrir del todo las ca-

ras de sus lectores, acción que hubiese bastado para desanimar a otro que no hubiese sido nuestro intrépido narrador. El comandante Porter tenía siempre largas historias que contar, la mayoría de ellas acerca de gentes a las que nadie parecía conocer.

—Es interesante —dijo el comandante Porter, con firmeza, clavando distraídamente los ojos en un extremadamente puntiagudo par de zapatos que había enfrente, tipo de calzado que merecía su más absoluta desaprobación.

—Como ya he dicho, soy uno de los encargados de la Defensa Pasiva —prosiguió—. ¡Qué cosas más raras ocurren en las explosiones! Nunca se puede predecir la magnitud del efecto. Ésta derrumbó el sótano y partió en dos el tejado. El piso primero, sin embargo, quedó intacto. Había seis personas en la casa. Tres criados (un matrimonio y una doncella), Gordon Cloade, su esposa y un hermano de ésta. Todos se refugiaron en el sótano con excepción del hermano de la esposa, un «ex comando», que prefirió permanecer en su cómoda alcoba del primer piso y que se libró de la catástrofe con sólo unas cuantas magulladuras. Los tres criados perecieron en la explosión. Gordon Cloade fue extraído con vida aún de entre los escombros, pero murió camino del hospital. Su esposa fue hallada inconsciente, sin una sola prenda de vestir que la cubriera, pero ilesa al parecer. Se espera que no tardará en reponerse del todo y convertirse en una acaudalada viuda. A Cloade se le calculaba bien pasado el millón.

De nuevo se detuvo el comandante Porter. Su mirada ascendió de aquellos puntiagudos zapatos a un pantalón de rayas, después a una negra americana y finalmente a una cabeza de forma de huevo y unos descomunales mostachos. «¡Algún extranjero!», pensó. Eso explicaría lo de los zapatos.

—¡A lo que ha llegado el club! —se dijo para sí—. No hay modo de librarse de estos extranjeros, ni aun en tu propia casa.

Este pensamiento no dejó de agujonearle durante el curso del resto de su narración. El hecho de que aquel extranjero estuviese prestándole toda su atención, no parecía hacer disminuir un ápice su prejuicio.

—No debe de tener más de veintiocho años —prosiguió—; y viuda por segunda vez. O por lo menos...; así lo cree ella.

Hizo otra pausa dejando así libre acceso a la curiosidad o el comentario.

Al no conseguir ni la una ni el otro, continuó, impertérrito:

—Casi diré que tengo mis propias ideas acerca del caso. Muy raro todo. Como ya he dicho, conocí a su primer marido. Se llamaba Underhay. Excelente muchacho y fue un tiempo comisionado de distrito en Nigeria. Muy sagaz en el desempeño de su cargo. Se casó con la muchacha en la ciudad de El Cabo en ocasión de hallarse ésta en dicho punto formando parte de una compañía teatral que hacía una jira por África del Sur. Aunque bonita, la suerte no parecía acompañarle. Se sentía desamparada, y al escuchar al pobre Underhay hablar de sus grandes proyectos en aquel vasto territorio, pensó que una vida así sería el único modo de alejarla de todo aquello que hasta entonces le rodeara. Se casaron. Él estaba enamorado como un tonto, pero el matrimonio no dio los resultados apetecidos. Ella odiaba la selva, le aterrorizaban los nativos, se sentía constantemente invadida por una profunda tristeza. Su idea de la vida era la de estar en perpetuo contacto con los grandes poblados y tener oportunidad de charlar allí con los que fueron sus compañeros de antaño. «La soledad de dos en compañía» no había entrado jamás en sus cálculos. Tengan presente que yo nunca llegué a conocerla y que cuanto digo, lo supe por boca del propio Underhay. Fue un golpe rudo para él y optó por obrar como un cumplido caballero. La envió de vuelta a su casa, ofreciendo concederle el divorcio si así lo deseaba. Fue poco después cuando yo conocí a Underhay.

Su estado era el de un hombre al borde de la desesperación y que necesitaba la presencia de alguien en quien poder confiar sus penas. Era un muchacho de costumbres un tanto anticuadas y no le seducía la idea del divorcio. Un día me dijo: «Hay otros modos de dar a una mujer su libertad». «Escuche, amigo mío —le dije—, nada de locuras. No hay mujer en el mundo que merezca que un hombre cometa la torpeza de alojarse una bala en el cerebro». Me contestó que no era ésta su idea. «Pero soy solo en el mundo —me dijo—, no tengo parientes ni amigos que hayan de preocuparse por mí. Si la noticia de mi muerte llega a Rosaleen, esto la convertirá automáticamente en una viuda, que es quizá lo que ella desea». «Pero ¿y usted?», pregunté. «Probablemente un tal Enoch Arden —contestó—, surgirá a unas mil millas de distancia e intentará rehacer de nuevo su vida». «Eso podría ponerla a ella en un serio compromiso», le advertí. «¡Oh, no! —dijo—. Seguiré el juego hasta el fin. Roberto Underhay no dejará nunca de hacer su papel de muerto».

"No volví a pensar en ello, pero seis meses más tarde oí que Underhay había muerto de fiebre en no sé qué punto de la selva. Los nativos a su servicio eran todos de su absoluta confianza y volvieron con un relato minucioso del hecho y unas cuantas líneas escritas de puño y letra de Underhay, en las que decía que sus hombres habían hecho por él cuanto humanamente estaba a su alcance; que temía que su fin estaba ya cercano, y que no vacilaba en encomiar calurosamente los servicios de su capataz. Este hombre, como todos los demás, le era en extremo adicto y sus peones estaban dispuestos a jurar cuanto saliese de sus labios. Ésta es la historia, señores. Quizás Underhay yace enterrado en un desconocido rincón de África ecuatorial, o quizá no, y si es esto último, como muy bien pudiera suceder, la señora de Gordon Clode recibirá el susto mayor de su vida cuando menos se lo espere. Y bien merecido, a mi entender. Jamás llegué a tratarla, pero conozco a un vampi-

ro sólo en el batir de sus alas. Arruinó la vida del pobre Underhay. ¡Una interesante historia, señores!

El comandante Porter dirigió una ávida mirada a su alrededor como buscando una confirmación a su aserto.

Sólo se encontró con la medio esquiva y alarmante mirada del joven Mellon y la correcta atención de Poirot.

A continuación crujió un periódico, y un hombre de pelo entrecano y una cara singularmente impasible, se levantó bruscamente de su asiento y abandonó la habitación.

El comandante Porter quedó boquiabierto y el joven Mellon dejó escapar un agudo silbido.

—¡Ahora sí que la ha hecho usted buena! —exclamó este último—. ¿Sabe usted quién era ese señor?

—¡Dios me ampare! —dijo el comandante Porter, presa de una viva agitación—. ¡Claro que lo sé! No le he tratado íntimamente pero nos conocemos... ¿No es acaso Jeremy Cloade, hermano de Gordon Cloade? ¡Es verdaderamente poco agradable! De haberlo sospechado siquiera...

—Es un abogado —añadió el joven señor Mellon—, y apuesto a que se querellará por calumnia, difamación, o algo por el estilo.

El joven Mellon gozaba creando la alarma y el terror sobre todos los lugares que no cayesen bajo la jurisdicción de las Leyes de Defensa Nacional.

El comandante Porter seguía repitiendo agriadamente:

—De haberlo sospechado siquiera...

—Esta noche lo sabrá todo el mundo en Warmsley Heath —remachó el señor Mellon—. Es el punto de reunión de los Cloade y no se retirarán hasta haber decidido qué determinación tomar.

En aquel momento sonó la señal de «cesó el peligro», y el joven Mellon dejó de ser malicioso y se decidió a acompañar galantemente a su amigo Hércules Poirot.

—Es temible la atmósfera de estos clubs —dijo—. Aquí se congrega la colección más desesperante de aguafiestas que se pueda usted imaginar, y Porter, sin discusión, es

quien se lleva el premio. Su descripción del truco de la cuerda india, dura al menos tres cuartos de hora y se precia de conocer a todos los ingleses cuyas madres hayan residido en Poona^[1].

Esto ocurrió en el otoño del año 1944. Hacia el final de la primavera de 1946, Hércules Poirot recibió una visita.

2

Hércules Poirot estaba sentado frente a su ordenada mesa en una apacible mañana del mes de mayo cuando su criado George se le acercó y murmuró con pausa respetuosamente:

—Una señora desea ver al señor.

—¿Qué clase de señora? —preguntó un tanto extrañado Poirot.

Éste disfrutaba siempre con la meticulosa precisión de las descripciones de George.

—Su edad, diría yo que se encuentra entre los cuarenta y los cincuenta años, señor. Desaliñada, pero un tanto artística en su apariencia. Buen calzado; sandalias. Chaqueta y falda de mezclilla y blusa de encaje. Unos collares de abalorios egipcios de dudoso buen gusto y chal de seda azul.

Poirot al final del relato de George, se estremeció ligeramente.

—Creo que no me interesará recibirla.

—¿Le diré, señor, que se encuentra usted algo indispuerto?

Poirot miró pensativamente a su criado.

—Supongo que le habrá usted dicho que estoy muy ocupado y que no me gusta que cuando estoy trabajando se me moleste.

George mantúvose erguido mirando a Poirot y tosió de un modo significativo.

—Me dijo, señor, que había venido del campo expresamente para hacer esta visita y que no le importaba esperar.

Poirot suspiró:

—No es bueno luchar contra lo inevitable —dijo—. Cuando una señora ya entrada en años y luciendo abalorios egipcios, ha decidido entrevistarse con el famoso Hércules

Poirot y se ha molestado en venir desde el campo, nada la detendrá. Permanecerá sentada horas y horas hasta lograr su propósito. Hágala pasar, George.

George se retiró, volviendo a los pocos momentos para anunciar gravemente:

—La señora Cloade.

La figura ataviada con el traje de mezcilla y el chal, entró con cara resplandeciente de satisfacción. Se adelantó en dirección a Poirot con una mano extendida y columpiando los collares de abalorios que, al chocar unos con otros, lanzaban un alegre tintineo.

—Señor Poirot —dijo—. He venido a usted guiada por los espíritus.

Poirot entornó ligeramente los ojos.

—Claro, señora. ¿Sería usted tan amable de tomar asiento y decirme...?

No llegó a terminar la frase.

—De dos maneras, señor Poirot. Por medio de la escritura automática y del tablero. Fue anteanoche. La señora Elvay (admirable mujer) y yo empleamos el tablero y obtuvimos repetidamente las mismas iniciales. H. P. H. P. H. P. Naturalmente no comprendimos de momento su significación. Como usted sabe, esto requiere algún tiempo. En nuestro plano terrenal no acertamos a ver las cosas con claridad. Me estrujé el cerebro tratando de recordar a alguien que tuviese esas iniciales. Sabía que tendría alguna relación con las «comunicaciones» de la sesión anterior, una de las más malévolas que hemos tenido y que tardé algún tiempo en descifrar. En esto se me ocurrió comprar un número del *Picture Post* (otra vez la guía espiritista, pues yo acostumbro a comprar el *New Statemans*) y, ¿sabe usted lo que me encontré en él? Pues un retrato de usted con un breve relato de sus proezas. ¿No es admirable, señor Poirot, ver cómo todo parece tener su finalidad en la vida? No cabe duda que es a usted a quien los *Guías* han designado para aclarar este misterio.

Poirot la observó con detenimiento, y por extraño que parezca, lo que más llamó su atención fue la astucia que revelaba la mirada de aquellos inquietantes ojos azules. Eran ellos los que más poderosamente contribuían a encauzar su extraño modo de representar los temas...

—¿Y bien, señora... Cloade...?

De pronto frunció el entrecejo.

—Creo recordar haber oído su nombre hace algún tiempo... —añadió.

Ella asintió con un vehemente movimiento de cabeza.

—El de mi pobre cuñado..., Gordon. Inmensamente rico y a menudo mencionado en la Prensa. Fue muerto en un *blitz* hará poco más de un año. Un rudo golpe para todos nosotros. Mi marido es su hermano menor. Es médico. El doctor Lionel Cloade... Claro que —añadió bajando la voz— él nada sabe de esta consulta que yo le estoy haciendo. No lo aprobaría. Los doctores, por lo que he podido comprobar, tienen unos puntos de vista completamente materialistas. Lo espiritual parece estarles vedado. Todo lo achacan a la ciencia. Pero yo pregunto..., ¿y qué es la ciencia en sí? ¿Qué puede hacer por sí sola?

Para Hércules Poirot no parecía existir otra contestación a la pregunta que la de hacer una penosa y detallada descripción de Pasteur, de Lister, de la lámpara de seguridad de Humphrey Davy, de la conveniencia del empleo de la electricidad en los hogares y de otra infinidad de nombres y materias por el estilo. Pero esto, naturalmente, no era la respuesta que la señora de Lionel Cloade deseaba. En realidad su pregunta, como otras muchas que se hacen, no son tales preguntas en sí, sino una mera retórica de expresión.

Hércules Poirot se contentó con inquirir de un modo práctico:

—¿Y cómo cree usted que puedo ayudarla, señora Cloade?

—¿Cree usted en la existencia real del mundo de los espíritus, señor Poirot?

—Soy un buen católico, señora —contestó éste, cautelosamente.

La señora Cloade rechazó la cuestión de la fe católica con una sonrisa de desdén.

—¡Ciega! La Iglesia es ciega, absurda y llena de prejuicios y no admite la realidad y la belleza del Más Allá.

—A las doce en punto —cortó Hércules Poirot—, tengo una cita muy importante.

Fue una oportuna observación. La señora Cloade inclinó el cuerpo hacia delante.

—Vamos directamente al punto. ¿Le sería posible, señor Poirot, encontrar a una persona desaparecida?

Poirot enarcó las cejas.

—Claro que me sería posible —respondió con reservas—. Pero la Policía, mi querida señora Cloade, podría hacerlo con mucha más facilidad que yo, puesto que dispone de todos los elementos necesarios.

La señora Cloade rechazó la idea de la Policía como antes lo hiciera con la Iglesia Católica.

—No, señor Poirot, es a usted a quien he sido guiada por los mensajeros celestes. Ahora, escúcheme. Mi cuñado Gordon se casó, pocas semanas antes de su muerte, con una joven viuda, una tal señora Underhay. Su primer marido, un pobre muchacho cuyo fallecimiento le produjo gran desconsuelo, fue dado por muerto en la selva africana. Un país extraordinario y misterioso.

—Un misterioso continente —corrigió Poirot—. ¿Y en qué parte dice usted...?

—En el África Central. La cuna del voodoo^[2] y de los *zhombies*^[3]...

—El *zhombie* pertenece a las Indias Occidentales.

La señora de Cloade ignoró la corrección y prosiguió: